



WENCESLAO VEIGA



Al ver sus escritos cualquiera se rie,
 Que sal á torrentes su pluma deslie,
 Y aunque es un gallego de facha sencilla,
 Hay en él más gracia que en toda Sevilla.
 En Ferrol lo adoran, y eso me lo explico:
 ¿Cómo no quererle siendo tan buen chico?
 Observad lectoras que ojos pillos tiene
 Y, á un lado remilgos, decidme: ¿os conviene?
 ¿Sí? pues bién... ¡lo siento! ¡Todo se ha perdido!
 ¡Wenceslao se encuentra ya comprometido;
 Y solo ese asunto remedio tendría
 Si en lugar de España fuese esto... Turquía!

Enrique Labarta.

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



SUMARIO

No más cortes.—Pájaros y pajarracos.
 —No hay que fiarse.—Un cuerpo re-
 formado.—¡Las fuerzas se van!—
 Presentimiento—Gerona en las tablas.
 —Crónicas... y no mías—¡A comprar!

Ante todo permítanme ustedes que les envíe desde la Corte un cortés saludo, de corte sério, como previene la cortesía.

Y después de esto, para evitar á ustedes la tentación de cortar patrones á esta corta salutación, dejo todas las frases de relumbrón en la cartera y corto por lo sano.

¡Me parece que esto ha resultado de bastante *corte* dad!

* * *

Pasó la Candelaria;
 y en este día
 celebraron sus bodas
 los pajaritos
 que andan ya por las ramas
 pía que pía
 cantando padrenuestros
 y hasta benditos.

Y en andar por las ramas
 se *me* asemejan
 á ciertos avechuchos
 de la política,
 que no hacen otra cosa
 y al fin nos dejan
 en la misma postura

tirante y crítica.

En ellos hay de todo
 como en las aves,
 los de pico muy largo
 de cortas alas,
 los que tienen las uñas
 finas y suaves,
 los que lucen muy huecos
 sus lindas galas.

Muchos que se alimentan
 en prado ajeno
 y muy pocos que viven
 del suyo propio;
 algunos que se paran
 solo en el cieno
 y de lodo y miasmas
 hacen acopio.

Otros que están los pobres
 siempre volando
 y prestan guardia á alguno
 más atrevido.
 Esos suelen posarse
 de vez en cuando;
 pero los inocentes
 caen del nido.

El nombre de esas aves
 nadie lo ignora
 y yo conozco alguna

que me revienta.
No se fien ustedes
de ave-canora
porque son pajarracos,
pero de cuenta.

* * *

Las reformas de Guerra son el asunto á que se consagra mayor atención en todos los puntos de la Península é islas adyacentes.

Ahora no se trata ya de *superficialidades*, sino de *interioridades*, y se han dejado de la mano las reformas de la guerrera, el rós y el capote, para pensar solo en reformar el *cuero*; lo que constituye el *alma* del negocio.

Los militares militan en su mayor parte en el bando que pide la continuación de las cosas tal como hoy están, el cual bando, resulta ya en vez de bando, bando... lería.

En fin, cuestión de mil... es.

La cosa, sin embargo, tiene su explicación, porque es claro, en caso de realizarse los proyectos del ministro, las fuerzas tendrán que disminuirse, y lo que un oficial decía combatiendo á la reforma:

—¡Menos fuerzas! ¡Si le parecerá al Ministro que aún nos restan algunas!

Y el que así hablaba está tomando hace tiempo el hierro *bravais* á ver si consigue adquirir fuerzas y *brabura*; pero no le cae esa breva.

Algunos, los más sensatos, defienden la necesidad de las economías y optan porque se realicen, quedando en cada regimiento un batallón en cuadro; y no falta quien afirme que como debiera quedar es en cuadro.

Más los que impugnan el proyecto no se dan por convencidos y protestan enérgicamente de que el general

López Domínguez, lleve á término sus propósitos.

—¡Ha visto usted!—dicen—¡Prender dejarnos sin *soldados*!

—¿Y no sería peor que los dejaran á ustedes sin *soldadas*?

De todas maneras á mi me huelva á pólvora y creo va á ser difícil hacer la *soldadura*.

* * *

—¿Y usted ha visto *Gerona*?

—No he tenido ese gusto. Soy de Torrelodones de abajo y jamás he salido de la *circunspección*; ni he llegado más allá de la Corte.

Y en efecto el individuo está constantemente en la Corte... celestial, como lo demuestra el que ignora que *Gerona*, es la última producción (así como si se tratase de patatas) del señor Pérez, que diría el otro.

Gerona no ha gustado á los espectadores que se entusiasmaron primero, enmudecieron después y abandonaron el Teatro por último, protestando de que sus esperanzas habían salido fallidas y de que á Galdós le haya fallado el tiro.

Tal es el fallo de la opinión.

El ilustre novelista y ya notable autor dramático, no acertó esta vez con el gusto de las gentes.

Buscó la verdad histórica, puso en su drama carne muerta y humo y no cayó en que lo que al público le gusta es la mentira, aunque no sea histórica, la carne vivita y coleando y, nada, nada de humo.

¡Mas humos de los que él tiene!

* * *

Y ya que de obras tratamos, permítanme ustedes un parrafito un tanto recomendable.

Mi distinguido amigo Carlos Osso-

rio, acaba de poner á la venta un nuevo libro ameno y primoroso, como suyo. Y no se crea alguno que este *suyo* es algún personaje adornado de tan bellas condiciones.

La obra se titula *Crónicas Madrileñas*, y yo que soy el encargado de las *Crónicas cosmo... politas* de este semanario, me tomo la libertad de recomendar á ustedes á *las colegas*.

Y he dividido la frase subrayada, en honor á la verdad del idioma, pues nada más exacto que el que estas crónicas resultan un *cosmos* en toda

la extensión de la palabra y en todas las extensiones.

El nuevo libro de Ossorio contiene muchos artículos dedicados á estimadas personas de Pontevedra.

Y esto sabido; y sabido que el libro es entretenido como pocos lo serán me retiro convencido de que se lo comprarán.

—
Y á todo el que lo leyere pobre, rico ó lo que fuere que le toque el premio grande: pero á aquel que no lo hiciere Dios y el Juez... se lo demande.

Gerardo Alvarez
Gimenes

ODA

A una cajetilla de cigarrillos de 25 céntimos.

¡Oh tiempos venturosos
Aquellos en que intrépidos los vates
Cantaban los combates,
De la patria, gloriosos;
Cuando los melenudos trovadores,
La lira al pié de las doradas rejas,
Se desataban en sonoras quejas
Ante el ídolo infiel de sus amores;
Y cuando los poetas, sin fortuna,
Su pena en un soneto embotellaban
O cien odas á un tiempo disparaban
Al sol, á las estrellas y á la luna.
Entónces, sí, la diosa poesía
Sobre un trono de púrpura se erguía,
Y el genio audáz con imponente grito
Cantaba todo cuanto
En el mundo hay de santo;
Y lo bello y lo grande y lo infinito.
Pero vinieron ¡ay! nuevas corrientes
A derrumbar furiosas é inconscientes

El pedestal gigante
De la diosa triunfante,
Que al caer con estrépito del cielo
Revolcó sus pudores por el suelo;
Y desde entonces ya, la *turba multa*
Escarnece sus glorias y la insulta.
Hoy los vates, con voz desfallecida
Cantan de varios modos
La prosa de la vida,
Grosera capa que nos cubre á todos.
Y ¡ay de aquel que cometa la imprudencia
de contarle á la luna su dolencia!
¿Irse á la luna á coplas? ¡Tontería!
Lo más que hace un poeta cualquier día
Es... *¡quedarse á la Luna de Valencia!*
¿Cantar las glorias pátrias? Eso es cosa
Muy *cursi* y muy *latosa*,
Vista por todos con desdén profundo.
¡Y dicen que aun hay patria, Veremundo!
Sigamos, pues, la senda tentadora

Comenzada en buen hora;
 Que la forma pœtica,
 El sentimiento, el arte,
 El fondo, la gramática y la estética,
 Se han ido con la música á otra parte.
 Vengan, la torpe lira
 Que lo pequeño canta
 Y la musa de afónica garganta
 A quien lo bello ni lo grande inspira;
 Y ya que los poetas
 Han mandado lo bueno á hacer patetas,
 Para cantar lo malo y lo pequeño,
 Yo el más chirle de toda la cuadrilla,
 Con afán digno de mejor empeño,
 Voy á cantar aquí con fe sencilla
 Y testarudo ahinco,
 A una *infumable* y pobre cajetilla
 De las *de á veinticinco*.
 ¡Oh cigarrillos de instrucción primaria
 Que dá la Compañía Arrendataria;
 Que por ser de *á real* sois tan reales
 Como los reyes Constitucionales!
 ¿Qué importan los tesoros
 Que escondieron los moros,
 Si mucho más se esconde en vuestro seno?
 ¿Qué los trágicos pomos de veneno
 De la célebre reina florentina
 Comparados con vuestra nicotina?
 ¡Y cuánta variedad hay en vosotros!
 Pues si en unos cien pelos he encontrado,
 ¡Hasta migas de pan he visto en otros!
 Y esto, por decontado
 A confesar me obliga

Que hay cigarros que tienen *mucha miga*;
 Y que además, algunos son ¡oh cielos!
 Mas bien que cigarrillos, *guardapelos*.

Tabaco, espinas, huesos de difunto,
 Fósforos, moscas, pólvora de caza,
 Pelos, migas de pan, todo eso junto,
 (Que es un pueblo en conjunto
 Con individuos de diversa raza
 Que usan gabanes de papel de estraza,)
 Forma la cajetilla tenebrosa
 Que muchos fuman, *como si tal cosa*.

¡Con tales componentes,
 Un cigarrillo de papel me aterra!
 ¡Y aun hay supervivientes
 En la faz de la tierra,
 Entre los fumadores consecuentes!
 ¡Qué de misterios nuestro Globo encierra!

Un consejo, lectores:
 Vuestra opinión política respeto
 Porque en esas cuestiones no me meto;
 Más, os ruego, que en cuanto fumadores,
 Nunca os hagais realistas, ciudadanos.
 ¡Mejor os quiero ver republicanos!

El cansancio me abruma;
 Se me ocurre una idea,
 Dejo á escape la plama,
 Sin que nadie me vea
 Levántome corriendo de la silla,
 En un estanco cuélome de un brinco
 Y digo al estanquero con ahinco:
 ¡Venga una cajetilla
 De las *de á veinticinco*!

Enrique Labarta.

BIENES MOSTRENCOS.



Así como los judíos, al decir de las Sagradas Escrituras, echaron suertes sobre la túnica inconsútil de Nuestro Señor Jesucristo, del mismo modo entre catalanes y manchegos se disputan la posesión de unos versos—sin costura también y de una sola pieza—que yo escribí allá por el año de 1876

en la época feliz de mis amores!

Los versos aparecieron por primera vez en un semanario madrileño en el año de referencia, y desde aquella fecha yo no había vuelto á saber de ellos.

Titulábanse, y aún se titulan, *Dudas eternas*, y estaban dedicados á una chica de la localidad que por aquel entonces me tenía sorbido el seso;

pero ¡ay! que mis poéticas dudas no fueron tan eternas como sospeché en un principio, por cuanto la ingrata, al mes de publicada mi poesía, le daba el sí en la sacristía de la parroquial á un boticario viudo que se había enriquecido vendiendo unguento *gris* para la tropa.

Pues es el caso—para terminar pronto la relación de mis desventuras—que días atrás me encontré mi poesía del año 76 en un periódico de Barcelona, de esos que publican *monos* colorados. Allí estaba fresca y chorreando rипios todavía, pero ¡oh dolor! inícuamente despojada de mi firma, que había sido suplantada por la de un tal Ramiro Lloret, que Dios confunda.

Al pronto, la verdad, me entraron ganas de coger la pluma y decirle al director del semanario pintoresco: «Hágame V. el favor de poner en conocimiento del Sr. Lloret que yo soy el «verdadero Zaragozano, y que si él quiere endecasílabos amorosos, que los *sude*.»

Pero luego, reflexionando, me dije: ¡Bah! pobrecillo; tal vez tenga deteriorado el estro poético. Dejémosle que se dé pisto, con la novia, que ya ella se encargará de pegársela con otro farmacéutico.»

Ocho días después «de los anteriores acontecimientos» subió de punto mi sorpresa al leer en el aludido periódico catalán una declaración del tenor siguiente:

«Don José Doval López, de Ciudad Real, nos escribe reclamando para »si la paternidad de la poesía *Dudas eternas* que apareció en nuestro número »anterior firmada por Don Ramiro Lloret. No ganamos para timos.»

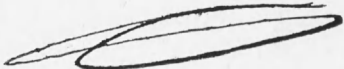
—¡Ah, mamarrachos, sin vergüenza! exclamé sin poder contenerme.

Por supuesto, que esta era la ocasión oportuna de presentarme yo en escena con los papeles é interponer acto continuo el interdicto de recobrar, pero me dá el cuerpo que no termina ahí el pleito y que detrás del manchego Doval—que debe de ser un peine—vendrá otro reclamante y después de éste, otro, y luego otro hasta completar el número de los famosos niños de Ecija.

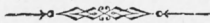
Y entonces es cosa de reclamar el auxilio de la Guardia civil para batir á la cuadrilla.

Comprendo que la propiedad que se me disputa está llena de goteras y no vale tres reales; pero no es cosa de tolerar que dos señoritos *estériles* consideren mis versos como bienes mostrencos.

R. L. Curiñas




O CABALO DE FERRADAS.



Era Ferradas
 un ciruxano
 qu' anque esquirbia
 «vil carbonato»
 tiña mais sona,
 que calquer sábeo.
 Com' o destrito
 era moi largo,
 estaba o probe
 sempr' á cabalo.
 Ó ver de cote
 tan ameados
 a besta y-home,
 os avisados
 marmuradores,
 linguas de sapo,
 din cand' os miran;
 de tanto trato
 pouquiñ' á pouco
 vanche pasando
 o fac' ó home
 y-o home ó faco.
 El entra mentres
 com' é moi cacho
 e ten n-a ucha
 forros bos cartos,
 rise de todos
 e vai pasando
 a vida á pingas
 de tinto... ou branco.
 ¿Da unha sangria?
 Por riba un vaso.
 Un neto enriba
 si pon un cástico;
 e como nunca,
 con Dios contando,
 faltan pacentes,
 que den traballo,
 cheg' á sua casa
 alborotando,
 falando soyo,
 sempre mollado.
 Anoitecendo
 n-o mes de Mayo
 rubindo a costa

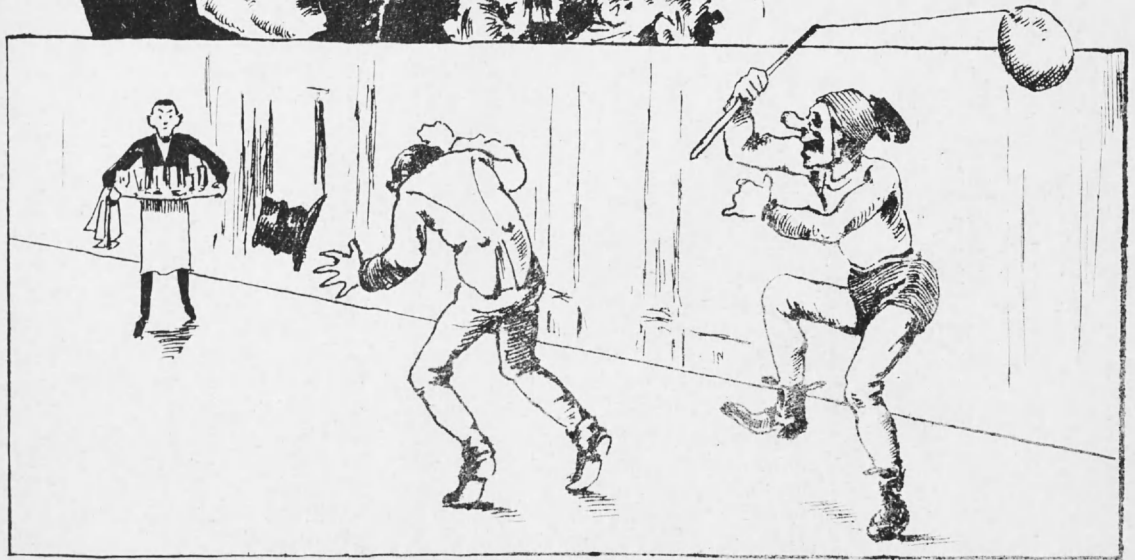
de Baramallo
 rompeull' a cincha,
 e sin notalo
 os aparellos
 foron baixando,
 e cando cuasque
 chegan ó rabo
 mirou Ferradas
 todo asustado,
 e berrou tolo:
 «¡Medra o cabalo!
 ¡Ái que milagre!
 ¡Isto ech' o diaño!»
 Pegou un tomo
 ó fin y-ó cabo,
 pro él quedouse
 todo escamado
 e ind' é o dia
 que n-aquel caso
 pensa qu' andivo
 metid' o trasno.

.....

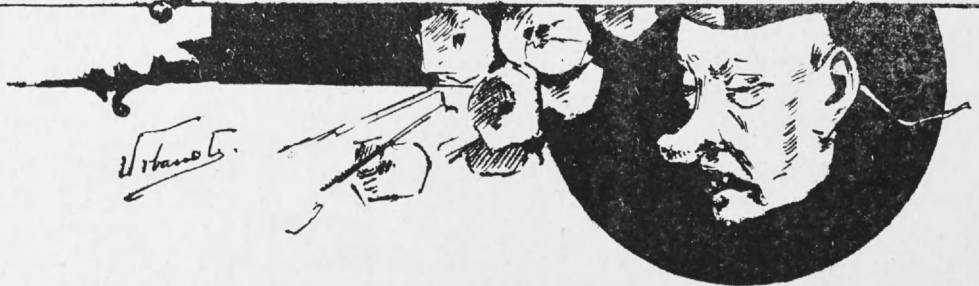
Cantos n-o mundo
 viven d' enganol
 Aquel poeta,
 estoutro sábeo,
 listo aquel outro,
 o outro honrado.
 Son figuranzas
 que se fan. ¡Parvos!
 Quen cree qu' é un lince
 resulta un ganso.
 Quen com' a pega
 vive roubando,
 crendo qu' engana
 viv' enganado.
 En fin; que todos
 gordos e fracos
 nin son quen pensan
 ni ese é o atallo.
 A todos eles
 medroull' o faco,
 com' á Ferradas
 o ciruxano.

Heliodoro Fernández Gastañaduy.





BROMITAS PESADAS.



Urbano G.

MENUDENCIAS

(ARTÍCULO DE GOMA.)

Reducir lo grande carece de mérito. Lo notable es convertir lo chico en grande.

Perffolisstlonsiph.
(Sabio ruso.)



«El mundo marcha», dijo Pelletan; pero lo que Pelletan no dijo es don de vá á parar.

Pelletan no concretó; y el mundo creó yo que marcha, ó que tira precisamente á eso. Porque en nuestro planeta ya se *alambica* todo. ¡Y se comprende! Hemos abusado del crédito, de la tribuna, de la prensa, de la pólvora, del entusiasmo, de las peteneras, y los abusos traen consigo las radicales reformas.

El problema moderno es la *economía*, fatídica palabra que pone de punta, en España, hasta los pelos de los abrigos de pieles.

El ahorro imponiéndose, como cualquier cacique rural, lleva su contagio á todas las esferas y polígonos de todos lados é invade los organismos todos. Por decoro, debiera la Academia empezar suprimiendo del *ahorro* la *ache*.

Hay novelas económicas, cerillas económicas, administraciones económicas, madres económicas, años económicos, cocinas económicas, dentaduras económicas, ejércitos económicos y hasta curas ecón...omos.

Imperan la *economía* y el *laconismo* y el EXTRACTO.

No está ya el poder en lo grande, sino en lo *pequeño*. Lo *sencillo* prevalece á lo difícil. Al tratado lo domina la *fórmula*. El *microbio* eclipsó á Sansón; y Sancho Panza al gigante Goliat.

¡Qué extraño, pues, que los hombres se mueran por las *chicas*!

Cada época ha tenido, sin embargo, ó con embargo á veces, su aberración; y en nuestros tiempos figura como la más fenomenal de todas la torre Eiffel. ¡Una intriga *franca* contra el gran Arquitecto del Universo.

La grandeza no estriba en el bulto. Extenso espacio ocupa el ambiente y total... ¡aire!, aire que la ciencia condensa, reduce y encierra en un guardapelo.

No; no está todo en la masa, como equivocadamente se cree. Las *masas* ya no influyen en los destinos públicos. En la *esencia* y solamente en la *esencia* está todo el misterio. El sexo débil acójese á la de Opoponax, para hacerse más agradable; pero la humanidad, tendiendo á ganar terreno, dificulta ó excluye las *grandes proporciones*.

—¿Y usted?—preguntamos á un viajante de trencillas.

—Pues por aquí trabajando el *artículo*.

Por donde resulta un gramático de «fin de siglo», prescindiendo de las demás partes de la oración y consiguiendo dobles ventajas, con la explotación de un solo *artículo femenino*, que Cavia con todas sus retóricas, escalada con sus críticas al Diccionario, ó Taboada con sus ingeniosos artículos.

La solución de la cuadratura del círculo, de la dirección de los globos, y del movimiento continuo ha enriquecido la estadística de los manicomios; pero ¡cuántos, cuántos más seres se han vuelto locos, contemplando, simplemente, un talle *mórbido*, un pié *breve*, una boca *diminuta*!

Bajo una llave, á pesar de su *insig-*

nificancia, se encierran los mayores tesoros; se custodian los más suntuosos edificios.

—¿Qué le pasa á esa mujer (oigo decir) para que así se desfogue en exclamaciones de júbilo?

—Tiene á su marido ausente, y acaba de recibir carta suya.

—¡Oh! las impresiones de una buena lectura.

—¡Quiá! ¡Si no escribe!

—¿Y entonces?

—¡Le manda una *letra*!

Auscultemos á ese funcionario oficial de la clase de dignos.

—¿Qué tal don Cleto?

—¡Tirando! Regular, nada más que regular.

—En usted nunca se vé una *irregularidad*!

—Ay, amigo! Yo soy empleado que tengo mis *escrúpulos*.

O lo que es idéntico: lo *fútil*, lo *ligero*, neutralizando el grave peso del Código; un *escrúpulo* mostrándose más poderoso que siete tercios de un cuerpo, como el de la guardia civil.

La obra del Creador sublimala el corto número de días que invirtió en ella y su ley, condensada en diez mandamientos. En España existe para cada oficina un reglamento con 576 artículos. Y así anda ello!

¡Cierto que siempre nos queda una esperanza en el sistema Constitucional, que admite *Cortes*!

—¡Adios N!

—¡Hola Z!

Cualquier impresor creerá ver, por la *fnura*, en esas letras á dos del alfabeto de fundición elzeveriana. ¡Qué disparate! Se trata de una Irene y una Aniceta que utilizan el final de sus respectivos nombres, rindiendo, así, culto á la brevedad ¡Es lo que priva!

La esfera judicial creó el *sumario*; en la milicia, un *toque*, determina una evolución, decide una batalla; los marinos no navegan, sin ir provistos de algún objeto con que *achicar*; la diplomacia se vale de *notas*; la mujer con una *pinzelada* se rebaja 20 años; el magisterio basa su sistema de enseñanza en los *compendios*; la medicina estudia la *dosis*; el agricultor vive pe-

diente del *grano*; el noble todo lo cifra en un *escudo*; el notario, con *signos*, hace el caldo gordo; el industrial cifra su ganancia en la *clave*; la miseria, denuncia una *señal*, verbigracia, un pie descalzo. Un *rasgo* pinta un hombre: un *punto* lo mata.

En una *mirada*, se reconcentra un poema de amor; en una *lágrima*, una tragedia; en una *suspiro*, un idilio; en una *mueca* está todo el desdén; en un *número* la mayor elocuencia; en la *cruz*, una religión; la honra en un *pelo*; la vida en un *hilo*.

¿Pues qué otra cosa es el mundo, sino una agrupación de *átomos*?

Cristo nos enseñó á decir *si ó no*, aún más que por educarnos á ser veraces, porque fuéramos sintéticos.

El padre Coloma, logró conmover al Universo... ¿con qué? con sus *Pequeñeces*. Milton escribió su *Paraiso perdido* bajo la influencia de la *gota*. Juan Breva debe su popularidad, no á la voz, ni al repertorio de escogidas endechas; la debe á que todas sus canciones están en tono *menor*. Y el mismo Mazzantini, sin *bichos*, no pasaría de un español vulgar.

El cristianismo tiene su base en una *abreviatura*: en el *I N R. I.*

La reina Isabel II dió al pueblo español, en forma de *iniciales*, el arma para ser destronada. A fuerza de ver en charreteras, botones y escudos el simbólico *I. 2.*, leyó un día el pueblo: *Idos*. ¡Y tuvo que irse!

Un escritor de provincias perdió la gloria de la inmortalidad por una *futesa*. Al morir, encargó la desconsolada familia que en las papeletas notificando el fallecimiento, consignasen: «*Se suplica por el ánima del difunto.*» Y la papeleta salió así: «*Se suplica por el animal del difunto.*» Vean ustedes ¡¡por una !!!

Cierto día leí en un periódico:

«La señora X ha interpuesto demanda de divorcio. Dicese que esta resolución no la origina ninguna infidelidad conyugal. Lo motiva *meramente* el ser objeto ella de malos tratamientos, por parte de su marido, de quien venía recibiendo tundas *mayúsculas*!»

Y lo que yó reflexioné al momento: «Hubieran sido las palizas *minúsculas* y se evitaría el suelto, ó los sueltos, porque, si la separación se decreta, los sueltos son tres, por lo menos.»

El proverbio ya lo dice: «Más vale pecar de *corto*, que de *largo*».

Carlo Magno, con haber sido *magno* y todo, no resulta mejor que Alfonso XIII (rey niño).

Pero aún hay algo más maravilloso que el infusorio: lo que *no se vé*.

«El espíritu de las cosas». He ahí el lema de la actual sociedad, que, en su afán de *espiritualizarlo* todo, incubó la escuela espiritista, al mismo

tiempo que esprime los tubérculos y sus derivados.

La *materia*, pues, casi podemos decir que está agotada.

El caso es que yo me proponía escribir estas líneas para el EXTRACTO, y ahora caigo en la cuenta de que no encajan en un hebdomadario *dosimétrico*, porque exceden de la *marca*.

No cabe, siquiera, fecharlas en el presente mes, que es el *más corto* del año.

¡Ah!! ¡me queda un recurso!

Este es el mes de Carnestolendas, el del consumo del lacón...

Pues, nada, *lacon.. izemos*.

Venceslao Vega

Post scriptum.—Ya puedo codearme con B. Barreiro doble V., porque este trabajo me acredita como *anticuado*.

¡HORROR ¡TERROR! ¡FUROR!

Drama histórico en un acto y en prosa, con patas de gallo en verso.

PERSONAJES:

El Director del Extracto de Literatura.

D. Benigno L. Sanmartín, dibujante.

D. Renato Ulloa, escritor público.

Sombra de D. José Pérez Ballesteros, id.

El cartero.

Un litógrafo y varios cajistas que no hablan, pero dejan sentir sus efectos.

La escena en Pontevedra (Feria 38) el día 4 de Febrero de 1893.

Decoración de casa pobre (guardilla de un cuarto tercero con vistas al segundo)—Una mesa *de lance*, un sillón en activo, con 25 años de servicios, una estantería de libros que no sirven para nada y, pegado en la pared, un título de Licenciado en Derecho civil y canónico que sirve.... para lo mismo que los libros de la estantería.—Puerta al fondo que comunica con 74 escalones.—Son las dos y media de la tarde en el reloj del Ayuntamiento.

ESCENA 1.ª

EL DIRECTOR Y EL CARTERO.

Director—(paseando agitado) El cartero debe de estar llegando. ¡La impaciencia me consume! El núm. 5.º del *Extracto de Literatura*, se ha impreso en Santiago con tal precipitación, que ni tiempo he tenido para corregir las pruebas de la imprenta. ¡Dios mío! ¡Traerá muchas erratas? (llaman á la puerta) ¡Eh? ¡Quién? (abre).

El cartero—¡Carterooo!

Director—¿Qué hay?

Cartero—¡Esto! (le entrega dos voluminosos paquetes y vase).

Director—(con los paquetes en las manos) ¡Aquí están ya los ejemplares del número 5.º! (abre un paquete) ¡Como me palpita el corazón! (saca un número y lo mira á vista de pájaro) ¡Bien, muy bien, me gustal Buen papel, buena impresión, buenos... ¡Eh? (con terror) Pero: ¿que veo? ¡Caracoles! (leyendo en la parte superior de la página primera) «¡Santiago, 4 de Febrero!» (Hablando) ¡Maldición! ¡Un periódico de Pontevedra fechado en Santiago! ¡Esa es una errata con circunstancias agravantes; pués ya les he dicho á los cajistas: «Aunque el periódico se imprime ahora en Santiago, féchenlo ustedes en Pontevedra, porque allí estoy yo... y en donde está el rey debe estar la corte!» (Abre las hojas de la Revista con un cuchillo de cocina y detiene luego la mirada ante el reglón 4.º, columna 1.ª de la página 15) ¡Gran Dios! ¿Que dice aquí? (leyendo) «este semanario...» (con acento desgarrador y o rientándose hácia Santiago)

¡Al semanario llaman el *semanorio*!
¡Oh cajistas, yo os pido, por San Macario
Y las benditas almas del purgatorio,
Que no le pongais motes al Semanario!

(se deja caer con cuidado en el sillón) ¡Demonio! ¡No gana uno para erratas! Ya en el núm. 4.º me habia yo permitido decirle á una señorita:

«Cuenta usted con un *Romeo*»

Y los cajistas me pusieron:

«Cuenta usted con un *Romero*!»

Aquella maldita *r* colocada entre dos sílabas que no repetiré á fin de evitar equívocos, dió al traste con toda la poesia que encerraba el ofrecimiento. ¡De un *Romeo* á un *Romero*, hay un abismo! ¡A ninguna señorita le diria yó: «Cuenta V. con un *Romero*!» ¡Eso, solo hubiera podido decirsele al señor Bosch cuando era Alcalde de Madrid! (pausa y punto y aparte.) (Lee el último gránulo de la columna primera de la página 15) «Ha recibido el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, nuestro apreciable amigo y suscriptor D. Nicasio Garrido—Nuestra enhorabuena» (levantándose del sillón con ademán descompuesto) ¡Esto es el colmo! ¡Yo no he escrito así esa noticia!.. ¡Ni le he dado la enhorabuena al Sr. Garrido, porque mi conciencia no me permite dársela en estos tiempos á ninguna persona que adquiera un título! ¡Hoy solo puede dársela la enhorabuena al que le toca el premio mayor de la Lotería! Yo me he contentado con decirle á ese amigo: «De-seámosle tantos pleitos al nuevo Abogado, como suscripciones nos envíe desde su pueblo». De eso á decir «Nuestra enhorabuena» me parece que vá alguna diferencia. ¡Aqui ya no se trata de una simple errata! ¡Eso parece obra de toda una comisión de corrección de estilo! A ese paso, mucho me temo que el dia menos pensado mande yo á la imprenta una noticia que empiece así: «Hoy hemos acompañado hasta la última morada el cadáver de nuestro que-

rido amigo etc.» y los cajistas tratando de enmendarme la plana, pongan: Hoy «hemos tenido el gusto de acompañar hasta la última morada etc —y al final, «Nuestra enhorabuena.» (con furia) ¡Canario! ¡Estoy fuera de mí! (se abre la puerta con estrépito y aparece el Sr. Sanmartín.)

ESCENA 2.ª

EL DIRECTOR Y D. BENIGNO L. SANMARTÍN.

Sanmartín—(Con energía) ¡Y yo también!

Director—(admirado) ¿Eh? ¿Qué sucede?

Sanmartín—¡Amigo Labarta: esto es espantoso! ¡Ese dibujo que trae el número 5.º no es el mío!

Director—¡Otro lío! Pero hombre: ¿No me lo ha dado V. mismo? (Leyendo el sumario) «Pontevedra—Dibujo de B. Losada..» (Como reflexionando.) Losada, Losada; pues... no le conozco (á Sanmartín) ¿Es usted Losada?

Sanmartín—¡No soy Losada, ni ese es mi dibujo! ¡Que Losada ni que niño muerto!

Director—¡Seguramente le habrán confundido á V. con el de los cronómetros!

Sanmartín—¡Pues mal confundido! ¡Conste que mi primer apellido es López! ¡Y conste que ese dibujo no lo he hecho yo!

Director—Hombre... ¡esos ya son otros López!

Sanmartín—(exaltado) No señor, yo no he trazado esas líneas tan gruesas, ni esos ramitos á la derecha del espectador.

Director—(asombrado) ¿Qué me cuenta usted?

Sanmartín—¡Lo que usted oye! ¡Ese dibujo está corregido y aumentado!

Director—¡Pues señor, por lo visto también tenemos en la litografía correctores de estilo! ¡De suerte que á mi me enmendaron las noticias y á usted los dibujos! Cálmese V. y le juro que esta será la última vez que tales cosas sucedan. ¡Se lo diremos al público en el próximo número! ¡Vive Dios, que nos han de oír los sordos! ¡Hasta estoy dispuesto á escribirle una carta al Nuncio contándoselo todo!

Sanmartín—¡No, al Nuncio no se lo cuente usted! Basta con que se lo diga al litógrafo!

Director—¡Y á los cajistas! Ya sé que no lo han hecho con mala intención pues son todos ellos muy buenos sujetos; sin embargo...(se abre la puerta y aparece D. Renato Ulloa).

ESCENA 3.ª

DICHOS Y ULLOA.

Ulloa—Buenas tardes señores. Hoy he sufrido un disgustillo al leer el artículo mio publicado en este número.

Sanmartín y Director—(los dos á un tiempo) ¡Qué! ¿También usted?

Ulloa—¡Poca cosa! Yo le habia llamado *irisada* á la espuma del Champagne, y los cajistas han puesto, *irrisada*, así, con dos *rr*.

Sanmartín—Aquí el *irrisado* soy yo, pues me han reformado el dibujo.

Director—No, V. perdone, el *irrisado* soy yo, porque me han enmendado la plana.

Sanmartín—Bueno, concedo que lo seamos los dos.

Ulloa—Digan ustedes más bién, los tres. (Se oye un golpe en la puerta, y se filtra por ella sin abrirla y sin hacer ruido, exactamente lo mismo que en Don Juan Tenorio, la sombra de Don José Pérez Ballesteros).

ESCENA 4.^a

DICHOS Y LA SOMBRA DE D. JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS

Sombra—(con acento cavernoso) ¡No! los cuatro!

Director—¡Horror!

Sanmartin y Ulloa—¡Terror!

Sombra—¡Furor!

Director—¡Jesús!

Sanmartin—¡Dios mio!

Ulloa—¡Qué es esto!

Sombra—(con solemnidad).—Yo soy Pérez Ballesteros y, como ustedes saben, vivo en la Coruña; pues bién: acabo de leer ahora mismo el número 5.^o; y en la imposibilidad de presentarme inmediatamente en Pontevedra con el cuerpo y el alma, he dejado allá el primero recomendado á un amigo y vengo aquí con el espíritu solo (señalando al Director), para pedirte cuentas.

Director—¿A mi?

Sombra—¡Sí! ¡A ti mismo! Yo te he enviado una poesía titulada, *Dous consonantes*, y le has cambiado el nombre.

Director—¡Yo no he hecho semejante cosa!

Sombra—Lée el primer renglón de la página 10.

Director—(leyendo) «*Duas consonances*»—¡Qué barbaridad!

Sombra—(declamando)

¡De corregirme esa errata
Que es una grave mentira,
Ten mucho cuidado! ¡Mira
Que estás metiendo la pata!

(La sombra del Sr. Pérez Ballesteros se coloca en el centro de la habitación en actitud amenazadora. Los demás personajes se arriman aterrados á la pared. La campana de Santa María comienza á tocar á muerto. Pasa un entierro por la calle de Riestra y oyense á lo lejos las variaciones del fagot del Sr. Licer que acompaña al canto llano de un responso.)

Director—(Con ademán melodramático y parodiando á D. Juan Tenerio.)

Cesad, cantos funerales;

(Cesan las variaciones del fagot del Sr. Licer)

Callad murtuorias campanas;

(Deja de tocar á muerto la campana de Santa María)

Ocupad sombras livianas

Vuestros cuerpos terrenales.

(La sombra del Sr. Pérez Ballesteros, se desvanece)

¿Y ustedes? (dirigiéndose á los señores Ulloa y Sanmartin)

Ulloa y Sanmartin—Nosotros también nos retiramos.

Director—¿Tan pronto?

Sanmartin—Sí; pero antes le suplico encarecidamente que haga V. constar que mi dibujo no se ha publicado tal como yo lo hice.

Director—¡Se me ocurre una idea!

Ulloa y Sanmartin—¿Qué?

Director—Todo esto me parece que ha sido una broma que han querido darnos el litógrafo y los cajistas ¡Como estamos en Carnavall!

Sanmartin—Sí; pero para broma me parece un poco pesada.

Director—(Acompañando á los señores Ulloa y Sanmartin hasta la puerta)
¡Tiene V. razón!

Ulloa y Sanmartin—Con que... hasta otro dia. (Vánse)

Director—Pásenlo ustedes bien.

ESCENA ULTIMA

EL DIRECTOR SOLO

¡Uf! ¡Que tanda de emociones! ¡Estoy nerviosísimo! (se sienta) Voy á leer un periódico de hoy para distraerme un poco. A ver si trae alguna noticia agradable, que me saque el mal humor (coje un periódico y lee) «Efecto de las reformas que se proyectan en Hacienda, quedarán cesantes 256 empleados» (tira el periódico) ¡Canario! ¡Esta errata es la peor de todas! ¡Pero, ay, de esto no tienen la culpa los cajistas! (mira al tejado del segundo y le pegan tentaciones de tirarse á él de cabeza).

Trás de tanto sinsabor
¿Cae el telón? ¡No señor!
¡El telón está seguro!
¡Si algo cae aquí, yo os juro
Que ha de ser el Director!

Enrique Labarta.

CORRESPONDENCIA

Sr. D. R. P. N.—Si señor, todas las semanas.

Sr. D. P. R. T.—¡Como tres en un zapato!

Canario.—Eso dlje yo al leer su artículo ¡Canario!

Sr. D. T. M.—Esa poesía no la podrian leer las señoritas, ni los señores curas párrocos.

Camaleón.—El soneto no está mal si tuviese catorce renglones, tuviera los versos endecasílabos, el pensamiento final gracioso y si además *hueso* y *cierto* fuesen consonantes.

Sr. D. P. P. T.—Le cuesta á V. 4 pesetas.

Un cesante.—¿Y aún tiene V. humor para escribir güasitas?

Sr. D. V. S.—Eso se lo cuenta V. al Nuncio.

SUMARIO: Wenceslao Veiga, por Enrique Labarta.—*Crónica de la Semana*; por Gerardo Álvarez Limeses.—*Oda á una cajetilla de cigarrillos de 25 céntimos*, por Enrique Labarta.—*Bienes Mostrencos*, por Pio L. Cuiñas.—*O caballo de Ferradas*, por Heliodoro Fernandez Gastañaduy.—*Menudencias (artículo de goma)*, por Wenceslao Veiga.—*¡Horror! ¡Terror! ¡Furor!* drama histórico en un acto y en prosa, con patas de gallo en verso, por Enrique Labarta.—*Correspondencia*.

Santiago: Imp. de José M. Paredes.

